

SUPLEMENTO ESPECIAL

16 de junio de 1955–2005

El día que bombardearon Buenos Aires

POR LUIS BRUSCHTEIN

Archivo General de la Nación



El 16 de junio de 1955 a las diez de la mañana, una escuadrilla de aviones despegó de la base aeronaval de Punta Indio para bombardear Plaza de Mayo. Eran 14 North American AT-6, con cuatro bombas de 50 kilos cada uno; seis Beechraft AT-11, con seis bombas de cien kilos cada uno y tres aparatos anfibios Catalina. También participaron aviones DC3 y Gloster Meteors de la Fuerza Aérea. Descargaron en total más de cien bombas sobre la población civil, produjeron más de mil heridos, y más de 300 muertos. Fue el bautismo de la aviación militar argentina.

El día estaba nublado y la flotilla al mando del capitán de navío Néstor Noriega esperó dos horas sobrevolando en círculos la costa uruguaya para lanzarse finalmente sobre sus objetivos: la Plaza de Mayo, la Casa Rosada, el Congreso, el Ministerio de Obras Públicas y la residencia presidencial, que en esa época estaba junto a la actual Biblioteca Nacional. Las bombas destrozaron colectivos cargados de personas; la plaza se convirtió en una ruina humeante con automóviles, camiones y ómnibus destartalados y cadáveres desparramados. Cuando se terminaron las bombas, los aviones, que llevaban pintado en sus fuselajes el símbolo de "Cristo Vence", hicieron otras pasadas ametrallando a los transeúntes y los edificios. A las 17.30, las fuerzas insurgentes terrestres se habían rendido y la gente se había congregado en la plaza, cuando otro avión, al mando del teniente primero de la Fuerza Aérea Carlos Enrique Carus arrojó más bombas y metralla.

La tercera bomba lanzada por los sublevados cayó sobre un trolebús repleto de pasajeros de la línea 305 en el que viajaban niños que concurrían a la escuela. "Llego ahí y empiezo a sacar la primera foto –relató Luis Elías Sánchez, fotógrafo de *Noticias Gráficas*– cuando veo dos tipos tirados adelante con la cabeza colgando. Subí al trolebús que era un encharque de sangre. Los zapatos se me habían llenado de sangre. No se incendió, los mató la expansión de la onda explosiva, murieron reventados. Creo que habría, grosso modo, unos sesenta y cinco cadáveres, no se salvó nadie."

La sociedad "sensata" y "civilizada", la que podía mantener un diálogo con la izquierda pero no con el gobierno peronista, la que se había apropiado del discurso democrático frente al autoritarismo, ese día puso de manifiesto otro aspecto de su actitud civilizatoria. El bombardeo se había convertido en una demostración de crueldad gratuita con la excusa de asesinar el presidente Juan Domingo Perón en la Casa de Gobierno, un hecho aberrante que no es tan común ni siquiera en la historia de países bárbaros.

Durante estos cincuenta años, ese ataque se ocultó entre los pliegues de la historia, se convirtió en una referencia mítica, sin muertos ni destrucción y muchos de sus protagonistas ocuparon después cargos públicos y fueron formadores de opinión democrática.

La dominación cultural, la censura y autocensura en los años siguientes a la caída del peronismo fueron tan opresivas que ni siquiera las víctimas del bombardeo o sus familiares denunciaron o dieron testimonio, los medios democráticos callaron y ocultaron, las fotografías de la masacre nunca más se vieron. Los partidos de izquierda también ignoraron la masacre que sólo fue tomada como bandera por los desarticulados grupos de la resistencia peronista. Para los medios democráticos, la masacre fue un acto revolucionario democrático. El peronismo, en cambio, fue colocado en la lista negra de lo caótico, criminal o violento y portador de un populismo resentido y antidemocrático.

Resulta llamativa la manera en que esas categorías, que son expresión del férreo control cultural ejercido durante años por los sectores dominantes tras el golpe antiperonista, se mantiene todavía hoy con matices, incluso en ámbitos intelectuales que tratan de encontrar una mirada independiente. Ya no se expresa en el antagonismo furioso peronismo-antiperonismo de lo político, que perdió sentido tras el gobierno peronista-antiperonista de-Menem, pero que sí impregna con la misma virulencia el pensamiento y todos los rincones de la cultura.

La reconstrucción de los hechos, la recuperación de la memoria son también una forma de reapropiarse de la cultura, la ideología y la política. Los bombardeos del 16 de junio de 1955 hablan por sí solos, no requieren una lectura partidista o ideologizada para establecer responsabilidades y complicidades ■

POR JORGE A. GAGGERO


Archivo General de la Nación

EL BOMBARDEO SOBRE LA RESIDENCIA PRESIDENCIAL EN EL BARRIO NORTE

“Cada explosión desprendía una larga columna de humo negro”

No es fácil apelar a la memoria, cincuenta años después. Menos, pedirle fidelidad (¿a qué?, ¿a quiénes?). Por momentos pienso que mis nueve años de lidia mundana –a esa fecha– debieran permitirme rescatar hoy imágenes y sensaciones nítidas. No logro, sin embargo, recuperar recuerdos claros de sucesos previos que hubieran podido advertir, a un observador más maduro que yo, lo que sucedería.

Salvo, quizás, los sermones de los curas españoles de la Iglesia de San Agustín (ubicada en la Avda. Las Heras, a metros de Agüero) que viraban, semana a semana, hacia registros cada vez más apocalípticos. No se trataba de su contenido, ni tampoco de las “entrelíneas” del discurso, que yo no podía descifrar aún (a pesar de estudiar en la “prestigiosa” Escuela Argentina Modelo). Cuando la manifestación de Corpus, el choque ya se había producido. Pero aun el día en que esa festividad religiosa devino en mitin, en la semana previa al 16 de junio, no recuerdo a nadie en mi entorno que haya imaginado lo que se venía.

Después, sí, uno terminó hilando más fino. Que mi viejo decía cosas tales como “en este país no se puede vivir” o “yo me voy a los EE.UU.”. Cuando la amenaza llegaba al límite de nuestra tolerancia, le devolvíamos con suavidad un “¿por qué no te vas?” que lo desacomodaba. Que nuestros padres parecían no confiar en la empleada que nos cuidaba y cocinaba a pesar del afecto que se le brindaba, por un lado, y del modo de ser muy abierto y franco de la “criolla”, por el otro. Ella era, “a muerte”, militante peronista y presunta integrante de la fantasmal y temida Unidad Básica de nuestra manzana (formada por las calles Tagle, Juez Estrada, Juez Tedín y Juan M. Fernández, en el barrio de Palermo Chico). Los viejos eran “gorilas”, digamos que liberal-católica mi madre y autoritario-agnóstico mi padre. Buenos candidatos, por lo tanto, a las muy mentadas denuncias que se decía era tramitadas a través de tales Unidades Básicas, en el imaginario del barrio sucesoras de la temida “Mazorca” del “Tirano Rosas”.

El primer recuerdo de ese mediodía es el vuelo rasante de aviones, el rugir de sus turbinas y –casi de inmediato– la sucesión de las explosiones de sus bombas. Salimos todos a la vereda de Tagle 2810. Desde allí gozábamos de una amplia visión hacia el sur. Una lejana del centro de la ciudad. Otra muy inmediata de los parques que se extendían desde el “fatoso” bar Rond Point y la plaza que llamábamos “la montañita” (hoy ocupada por la sede de la Embajada de Chile) hasta la estatua del General Alvear y el Palais de Glace.

En las cercanías de la Residencia Presidencial (donde ahora se levanta la Biblioteca Nacional) estallaron las primeras bombas. La arboleda de la Residencia se veía desde la puerta de casa, a través de los parques. Los bombarderos Gloster Meteor venían desde el norte, rozando los techos. Por eso aparecían desde nuestras espaldas, casi sin aviso y en vuelo paralelo a Figueroa Alcorta. El violento rugido estallaba en la cuadra cuando su sombra los calcaba en el pavimento y el césped de la plaza de enfrente. Entonces viraban hacia el oeste, cruzaban Alcorta y Libertador, soltaban las tapas y arrojaban sus bombas. Las veíamos caer y podíamos contar cuántas estallaban y cuántas no. Cada explosión desprendía una larga columna de humo negro que flotaba un largo rato, denunciando el lugar de su impacto mientras se deshacía en el aire. Ninguna pareció dañar la Residencia Presidencial; la mayor parte estalló más allá del evidente blanco, cerca del cruce de las avenidas Pueyrredón y Las Heras. Después sabríamos –por los diarios y la radio– de las muchas vidas que se llevaron, de tantos dramáticos “azares” personales. Casi ningún vehículo circulaba en ese momento por Alcorta o Libertador, pero muchos vecinos salían a la vereda a ver qué pasaba y se zambullían una y otra vez, como nosotros, dentro de sus casas en cada incursión de los Gloster “revolucionarios” de la Fuerza Aérea. Mucho más lejos se dejaban ver los aviones a hélice de la Marina, que bombardeaban y ametrallaban el centro de la ciudad (con un cruel mandato celestial pintado en sus alas: “Cristo Vence”). Desde la azotea, nuestra empleada insultaba a los pilotos, inútilmente, mientras agitaba sus puños. Cada tanto intercalaba un “¡Viva Perón!”. Después de las primeras incursiones se vivieron momentos de tenso silencio. Nos pegamos entonces a la radio para intentar informarnos acerca de lo que sucedía más allá del barrio. La tranquilidad duró muy poco. Un sordo ruido de motores comenzó a crecer desde el norte, acompañando la gritería acompasada de una multitud que también parecía acercarse. Vuelta a la vereda. Por la avenida Alcorta avanzaba una interminable fila de camiones, con sus cajas repletas de trabajadores –la mayoría vistiendo uniforme de labor– que agitaban los brazos y blandían palos y unas pocas banderas nacionales. La formación cívica entonaba, con cierto fervor y visible preocupación, una cadencia en adhesión al mortal objetivo de los aviadores y marinos insurrectos: “¡Pé-rón!, ¡Pé-rón!”. Algunos manifestantes alzaban retratos del “Líder” y de Evita, la “Jefa Espiritual de la Nación” (en tenaz competencia laica con nuestra “Virgen María”, mucho después lo entendería).



Télam

En la esquina de Tagle y Alcorta se reunió un grupo que los miraba pasar. Sólo una anciana los alentaba agitando un cartel de propaganda del partido oficial. En un descuido, mi madre se desprendió del grupo familiar y se las arregló para cruzar la avenida y sumarse al grupo mirón. Comenzó a gritarles a los que marchaban, al parecer dispuestos a dar “la vida por Perón” (convocados por la CGT, más tarde se sabría): “¡Acuérdense de Juancito Duarte!”, “¡Los están usando!”, y otras frases parecidas. Un camión pegó el frenazo justo delante de ella y varios amagaron bajar de la caja. La mayoría sensata los volvió a izar, a la fuerza, antes de que lograran pisar la calzada y el camión volvió a arrancar hacia el sur. No recuerdo qué le gritaron los de ese camión ni tampoco lo que vociferaba, con cierto entusiasmo, la carga humana del vehículo que lo escoltaba. Sí tengo bien presentes los desesperados gritos de mi abuela –estaba parada junto a mí– en su intento de que la hija “entrara en razones” y volviera al seno del hogar. Finalmente lo logró; mi madre regresó indemne.

Un camión se desprendió entonces de la caravana que se dirigía al centro, se acercó a la Residencia Presidencial y luego se detuvo. Sus ocupantes saltaron a tierra y corrieron, armados con palos, a tomar posiciones “defensivas” en su jardín enrejado. Tiempo después nuevas oleadas de cazabombarderos se perdieron hacia el sur y se oyeron muchas explosiones, lejanas esta vez. Un avión a hélice fue derribado ante nuestros ojos por un aparato “leal”, sobre el río y a la altura de las playas ferroviarias de Retiro. El aparato cayó en tirabuzón, humeando. Alcanzamos a ver también el más lento descenso en paracaídas de su piloto, que logró saltar a tiempo de la cabina. Cuando aviones y camiones dejaron de pasar y hacerse oír y la tarde moría, un grupo de vecinos se reunió en la vereda de Rond Point. Alcancé a colarme en el círculo y ver las tensas caras, estirando el cuello desde abajo. Lo que más me marcó fue lo que escuché.

Quizás no sea totalmente fiel, no puedo ser literal. Sí reproducir el sentido de un conciliábulo que, sólo hace muy poco, pude asociar a algunas de las más negras obras del genio de Goya (¿“Aquelarre”?). “Esta noche queman todo el barrio”; “Estos negros se van a vengar”; “Si no nos defendemos no va a quedar nada en pie”; “Hagamos un recuento de las armas que tenemos a mano y organicemos la defensa”. Con papel y lápiz, los más decididos comenzaron a hacer el listado de los “fierros” disponibles. Llegados a ese punto de la asamblea barrial, mi viejo decidió apartarse y nos volvimos juntos a casa.

Muchos de los trabajadores que marcharon hacia el Centro fueron muertos por las bombas y la metralla. A pesar de ello, “Palermo Chico” no fue atacado por las “turbas”. ■

TESTIMONIOS DE UNA FAMILIA NO PERONISTA SOBRE LOS BOMBARDEOS DEL 16 DE JUNIO

“Los aviones ametrallaban la Casa de Gobierno”

El economista Jorge Gaggero reunió estos testimonios entre su familia. Son los recuerdos de un chico de nueve años que vivía en Palermo Chico o el de un empleado bancario que trabajaba en la Plaza de Mayo. A pesar de ser un hecho tan ominoso, los bombardeos del 16 de junio de 1955 se convirtieron en una especie de secreto social amenazador, aunque poco a poco van surgiendo los testimonios y la memoria reconstruye los hechos.

“Habíamos ido a trabajar como todos los días –escribió Carlos F. Boireau, inmediatamente después de los sucesos–; no había en el ambiente otra sensación de anormalidad que la provocada por las acciones y críticas contra el clero; los curas de (algunas) parroquias se estaban buscando inconvenientes pues los domingos en misa, durante el sermón, excitaban a los fieles. Eran ya las 12 y 30, cuando sentimos conmoverse todo el edificio. Los más se levantaron de sus sillas mirando de un lado a otro, como buscando a alguien que explicara algo. A mi mesa llegó uno diciendo en voz baja: ‘Una bomba en Plaza de Mayo’. Lo miramos entre creyéndole y tomándolo por loco. Para convencernos agregó: ‘Arrímense al balcón, van a sentir tiros’. Efectivamente, salimos y se oía una serie de tiros secos de armas de guerra. Por momentos, terciaba en la ‘plática’ una ametralladora. La gresca se localizaba detrás de la Casa de Gobierno, al fondo de Bartolomé Mitre (calle a la que nos asomábamos). Algunos tiros de pistola 45 resonaban con nitidez.”


Archivo General de la Nación

“El ambiente se había exaltado en el Banco (Banco de la Provincia de Buenos Aires, Casa Central) y ya nadie estaba en su puesto de trabajo. Se dio orden de que las mujeres que quisieran retirarse lo hicieran. Se había cumplido casi una hora y media desde la primera explosión. En este interín se habían oído una o dos explosiones más y se había visto un par de aviones arrojando media docena de bombas que no estallaron. Desde mi puesto de observación veía el río y el horizonte.”

“Así fue que vi un buque, de los grandes por el perfil y la panza que tenía, que se dirigía hacia la ciudad y comenzaba a colocarse de costado (movimiento que indicaba cuáles eran sus intenciones).’Aquí sonamos’, me dije. Nuestra situación (casi junto a la Casa de Gobierno) nos exponía al fuego que hubiere desde el agua. Vi pasar otro buque grande y luego, más cerca de tierra, un submarinito.”

“Lo fui a ver al jefe de la oficina para informar acerca de lo visto. Lo convencí de que hablara con la Oficina de Personal para poder retirarnos y dio la casualidad de que en ese momento llamaban desde allí para dar la orden de partida. Para ese entonces, el tiroteo detrás de la Casa Rosada tenía una intensidad terrorífica. El fuego era muy nutrido y a cada momento pasaba un (avión) Fiat o un (cazabombardero) Gloster ametrallando la Casa de Gobierno. Era increíble la inconciencia del pueblo que, habiendo salido de sus lugares de trabajo, estaba parado en Diagonal y Florida mirando hacia la Plaza de Mayo como si estuviera en el Gran Rex mirando una película. Esto pensaba cuando las cosas se calmaron un poco, por lo menos lo que venía desde el aire.”

“En eso pasó una columna peronista con algunas mujeres vestidas de enfermeras. Entraron a la Plaza por el costado de la Catedral y detrás de ellas se animó a hacer lo mismo una enorme cantidad de gente que, hasta entonces, oficiaba de espectadora. Y detrás de todos yo mismo, con dos compañeros del Banco. Nos ubicamos en la esquina de San Martín y Rivadavia, una de las mejores posiciones para observar.

Lo que me estaba palpitando sucedió. Casi al mismo tiempo apareció rozando el techo de la Catedral (a mi izquierda) un bombardero semipesado, del tipo Douglas DC3, y por la derecha un Gloster. Los dos convergían sobre la Casa Rosada. El Gloster rompió fuego de ametralladoras encima mío, lanzando lengüetas de fuego al aire. Al sonar los primeros tiros, la inmensa masa de gente que tenía por delante se dio vuelta y en una fracción de segundo tuve la sensación de que todos me miraban. Retrocedí desde el cordón, donde estaba parado, hasta pegarme contra la pared de la esquina. Sabía perfectamente que la masa enloquecida –los más aterrorizados al menos– se abriría en dos al toparse con la esquina, y así fue. Pasaron como una exhalación. Todo esto en menos de tres segundos. Quizás el temor a lo que venía desde el aire hizo que levantara la vista y entonces vi cómo el bombardero pasaba por encima de la Casa de Gobierno, soltaba una bomba y al instante sonaba la explosión (y se levantaban una columna de llamas y una nube negra, enorme). Arrimándome a las paredes iba iniciando mi retirada ‘estratégica’, pues la Plaza de Mayo ya no era lugar seguro para nadie.

Era la misma creencia, seguramente, de la columna peronista que había entrado con las enfermeras a la cabeza pues tres de ellas pasaron velozmente delante mío, sin reparar que la gente se atropellaba y ya había varios contusos caídos en la calle. En ese momento, en la vereda de enfrente y a unos 40 metros, explotó una bomba que me tiró al suelo, a mí y a todos los que corrían a mi alrededor. A ciencia cierta, no sé si fue la bomba que me tumbó o si fui yo que me tiré al suelo. Enseguida me levanté, mirando vidriosamente los escombros que caían enfrente. Mujeres que lloraban y gritaban reforzaban la confusión reinante. Desde entonces sólo me preocupó la idea de poner la mayor distancia posible entre mi humanidad y la Plaza de Mayo. Junto con un compañero del Banco que milagrosamente seguía a mi lado emprendimos la retirada.

Tomamos por Diagonal y cruzamos Florida; desde allí vimos dos aviones de caza Fiat que se la habían agarrado con la Casa de Gobierno y en continuas picadas la ametrallaban. Volvimos la mirada adelante y seguimos al trote, porque ya la lengua nos llegaba a la rodilla y el ‘jabón’ a los talones. Así, tomamos por Cangallo para evitar la Avenida de Mayo. Los aviones picaban encima nuestro a medida que corríamos como si fuéramos nosotros el objetivo. A cada aparición de los aviones, la multitud se tiraba contra las paredes de las casas buscando dónde meterse.

Pasaba el avión, y seguía nuestra ‘disparada’. A este tren llegamos a la altura del Congreso. Allí el ataque aéreo recrudeció. Eran dos Gloster y un Fiat. No lo bombardeaban, ametrallaban al Congreso. A esta altura ya estábamos realmente cansados; nos mantenía sólo la constante sensación de peligro. En las esquinas debíamos tener especial cuidado y cruzarlas a la disparada, pues las ráfagas de metralla pasaban por encima de nuestras cabezas. Pasada la zona del Congreso, terminaron nuestras penurias”.

Síntesis del testimonio de Carlos F. Boireau, escrito inmediatamente después de los sucesos. Su relato hila sucesos ocurridos en un área de la Plaza de Mayo –la de la Catedral– donde se desarrollaron los acontecimientos menos cruentos de la jornada. Fue en el entorno más inmediato a la Casa de Gobierno –lejos del alcance de la mirada de Boireau– donde las acciones de los “revolucionarios” produjeron la mayor parte del millar de bajas registradas, incluidos cerca de 300 muertos. La inmensa mayoría de las víctimas fueron, en ambos casos, civiles desarmados.

Ni los pilotos responsables del bombardeo –casi todos ellos huyeron al Uruguay después de varias oleadas de ataque– ni las fuerzas de Infantería de Marina habrían sufrido bajas mortales durante las acciones. Tampoco sufrieron castigo relevante alguno por sus actos, ni en sede judicial ni en el campo social. ■



Querellas

POR MIGUEL BONASSO

Fue el primer bombardeo a una ciudad abierta, un crimen de lesa humanidad que permanece impune. Y las víctimas ni siquiera fueron resarcidas porque a los tres meses fue derrocado el gobierno de Juan Perón y vino una dictadura. Estamos reclamando en el terreno civil, hemos planteado una querella para que el Estado indemnice a los familiares de las víctimas, pero recibimos una desdichada respuesta del Ministerio de Defensa. Contestó que no se trata de un crimen de lesa humanidad. También impulsaremos instrumentos en el plano legislativo, sin perjuicio de hacer una denuncia penal porque consideramos que esto es tan imprescriptible como los asesinatos y las desapariciones perpetrados por la dictadura a partir de 1976.

El bombardeo fue un hecho terrorista, quizás el más importante en la historia, que inauguró todo un período de violencia. Es la gran masacre olvidada, cuya consecuencia fue el inicio de un proceso de terrorismo de Estado a nivel continental, en el que hubo participación de potencias como Estados Unidos y Gran Bretaña. Se estima que hubo entre 300 y 350 muertos y más de 2 mil heridos. Nunca pudo saberse con exactitud. Este bombardeo tapado por los medios y por la historiografía oficial significó un ataque sin guerra civil ni convencional. La gente pensaba que iba a haber un homenaje aéreo al Libertador General San Martín, y miraba al cielo sin prevención y sin temor. Esos aviones arrojaron sesenta mil toneladas en bombas.

Para los que hablan de la teoría de los dos demonios, en este hecho histórico vemos claramente que la violencia política fue comenzada a utilizar por oficiales de la Fuerza Aérea y de la Marina de Guerra que se sublevaron contra un gobierno constitucional, con el respaldo de una clase: la oligarquía. No vacilaron en asesinar a más de 300 ciudadanos indefensos y provocar más de 2 mil heridos.

Esta masacre fue silenciada, entre otros aspectos, porque viene a desmentir de manera tajante esta teoría de los dos demonios, que pretendió que la violencia de la izquierda peronista y no peronista, la violencia del pueblo, había desencadenado la violencia represiva. Fue exactamente al revés. En 1955 el odio de clase de la oligarquía vinculada al imperialismo yanqui e inglés atacó a su propio pueblo, con un odio que iría creciendo hasta llegar a los 30 mil desaparecidos. Los familiares de las víctimas no tuvieron el derecho de protestar ante nadie porque apenas después se produjo el golpe definitivo contra el gobierno constitucional de Juan Perón y, para el gobierno de facto que lo sucedió, los que habían bombardeado no eran asesinos, sino héroes. ■

Archivo General de la Nación



POR JUAN SASTURAIN

BOMBAS SOBRE LA GENTE EN PLAZA DE MAYO

La vuelta al horror en dos horas y setenta líneas

Escribo esta nota a una cuadra y media de la Plaza de Mayo; vivo en Defensa al doscientos, entre Alsina y Moreno: si me asomo al balcón veo la Pirámide. Es miércoles 15 de junio del 2005, son las tres de la tarde y llovizna, tengo apenas dos horas para terminarla, antes del cierre. Mañana, cuando se publiquen/se lean estas líneas –"ochenta, por favor, para la contratapa del suplemento sobre el bombardeo"–, será un día probablemente parecido a éste, un jueves triste de otoño y con aguacero como el que evoca inolvidablemente Vallejo para su presentida muerte. Pero eso era en París. Y lo curioso o terrible es que lo que vamos a recordar fue, hace cincuenta años, otro jueves, también lluvioso, pero a esta hora y acá mismo, exactamente. Un día como hoy.

Si me asomo, lo que puedo ver para el lado de la Plaza o hacia el Sur no es demasiado diferente de lo que se podía ver entonces: el paredón lateral de la iglesia de San Francisco frente a la ventana, edificios públicos o religiosos, construcciones bajas que han cambiado poco desde hace medio siglo. Si subiera a la terraza del edificio de seis pisos, como hicieron entonces algunos de los que todavía viven en esta casa de los años veinte, podría ver con claridad –más allá de San Francisco, de los ministerios que rodean la Plaza por el lado sur– un poco más de lo que se veía aquel día a esta hora, cuando el humo de los incendios, las nubes bajas y el ruido de los Gloster, las bombas y la metralla entorpecían el panorama, no dejaban observar con claridad cómo reventaba la gente de a pie o había reventado en colectivo, no dejaban oír con comodidad los gritos de dolor las esclarecidas radios uruguayas, la proclama reiterada por Radio Mitre. Sólo se oían, de ahí abajo, las puteadas al cielo y se veían los puños arriba, los palos y piedras de los que una vez más –guiados por humo del fuego sombrío– venían a ver de qué se trataba, iban a la Plaza a cuidar algo sin cuidarse ellos, buscaban algo que no estaba en la CGT.

Ahora las plazas cercadas y los gobiernos emplazados parecen necesitar cuidados privados, no públicos, o al menos dicen que eso garantiza el mantenimiento. No era así entonces (no es cierto tampoco ahora). Así fue como en la Plaza abierta, en la Ciudad abierta, la gente que iba y venía haciendo su vida un mediodía de jueves laborable, comestible, habitable como cualquier otro (como hoy, repito, exactamente como hoy), sin aviso ni necesidad o urgencia alguna más allá de ir a comer, a laburar, a encontrarse con la novia o un amigo en el café, con los otros chicos en la escuela; la gente, digo –de sombrero los hombres, de pollera y cartera las mujeres, de cortos y medias tres cuarto los pibes– se encontró con que la bombardeaban, la ametrallaban, la reventaban a tiros. Como si de pronto empezara sin aviso otra película, saltaran de Amadori y Torres Ríos a una yanqui de Corea. Y la gente en el medio.



Podría ser hoy. Pienso en el vendedor de maíz para las palomas que arma su torre de bolsitas atravesadas, en el que tiene el kiosquito ambulante de panchos y gaseosas más o menos tibias, en los turistas brasileños que miran los pañuelos de las Madres pintados en las baldosas, en la piba que labura de cajera en el Banco Río y salió un momento a comer; en el veterano que cruza la calle desde el Nación contando los mangos de la escueta jubilación; en la novia del granadero que le fue a echar una mirada a la guardia de la Rosada, intercambiar un guiño; en la salita amarilla del jardín de infantes de la calle Moreno, que fue a merendar junto a la palmera; en el medio centenar de pasajeros del 29 que está dando vuelta a la Plaza acaso conmigo adentro. Por eso, nunca preguntes a quién o a quiénes mataron el 16 de junio de 1955 en la Plaza de Mayo –y no vacilarían llegado el caso de volver a hacerlo–: también te mataron a vos. Lo que pasa es que nunca sonaron por ellos ni por vos las campanas.

Muertos de segunda, víctimas apenas numerarias de un cataclismo providencial bendecido con espada y sotana, de una lluvia bíblica de fuego, de una inundación de odio o alud de incontenible fervor democrático, los hasta no hace mucho anónimos muertos del 16 de junio no caben bajo la alfombra de silencio y mala conciencia que tapiza la historia oficial argentina. Hacen bulto, hacen ruido, hacen falta.

Miro la Plaza atardecida de apuro e imagino –son más de las cinco de la tarde– la aparición a esta hora del último avión solitario, ese Carús que, ya derrotada la intentona y con el resto de los cómplices posados en la otra orilla, vuelve al lugar del crimen. No caben los pretextos. Ya no tiene por objetivo destruir la Casa Rosada, reducto del llamado Régimen, ya no intenta matar a Perón –que nunca estuvo y ya ha hablado en cadena– sólo viene a tirarle a la gente. Y hace fuego: de arriba hacia abajo le tira a la gente.

Los fuegos que siguieron a ese fuego odioso llegaron mucho más lejos que el resplandor de los incendios de las iglesias de esa noche terrible, interminable. Llegan hasta hoy, cuando la noche se apura sobre la Plaza de Mayo y la gente –la misma gente– camina hacia su casa, se mete en el subte, pisa el pasado pisado que quema, sigue quemando bajo los pies descalzos de la distraída, incombustible República ■

